

“LA MURGA”

LIDIA COMPLETA DE UN ESPAÑOL EN DOS ACTOS Y UN PASODOBLE

Hace unos meses llegaron por casa, con Paco Díaz Velázquez y Alfonso Jiménez, dos nuevos amigos: el actor Gerardo Malla y su mujer, la actriz Amparo Valle. Venían de cómicos de la legua en una investigación popular; acababan de llegar de Madrid y tenían intención de llegar antes de oscurecer a Cádiz, en una loca carrera hacia una tradición perdida: las murgas andaluzas. Sabían que uno había escrito del carnaval gaditano, del roto reinado sevillano de Manolín, Escalera, Carabolso. Y querían poner en pie todo aquel universo en una función teatral, revivir «la hermosa tradición literaria de las murgas pueblerinas».

De los cajones del cuarto de trabajo salieron pitos de caña —que ahora son de plástico—, olvidadas cintas grabadas en el concurso del Teatro Falla, cuadernillos de las coplas («primera y segunda parte!») con la publicidad celtibérica de la tienda de la esquina, viejas letras sevillanas de cuando por feria vino un inglés... Les dí unos nombres y unas direcciones gaditanas. Una tarde de verano la televisión me trajo la noticia del éxito madrileño de «La Murga». Después «La Murga» —que así se llama no sólo la función que representan, sino la compañía que han montado— subió al Norte, siguió en fortuna. Uno tuvo la posibilidad de verla una tarde dominiguera en Barcelona, en el Capsa, donde los periódicos anunciaban el espectáculo muy carnavalescamente, muy como Manolín o Escalera: «Lidia completa de un español en dos actos y un pasodoble».

¿Qué es «La Murga»? Para mí, que un hallazgo: la recuperación por vía culta de una tradición popular: las murgas. En la función está —sin niña rica que los presida como reina de las fiestas, sin

mantenedor, sin letras pasadas por la censura municipal— el espíritu vivo de una Andalucía que aún se descubre a sí misma en la chufia de los cuplés, los popurris, los pasodobles: comparsas de Cádiz, de Trebujena, de Isla Cristina, olvidadas murgas de la Alameda que ya sólo se pueden escuchar en la pizarra de las placas compradas en el Jueves o por la vela de Santa Ana, cuando en el tabladillo que manda montar Aurelio se suben Manolín y los restos del imperio, a recordar coplas o a reinventar pasillos de comedia.

Alfonso Jiménez había anteriormente trabajado mucho sobre unos modos escénicos estrictamente andaluzes: el primer «Quejío», «Oratorio», «Oración de la tierra». Como a tantos, le había quemado lo flamenco, que no es el todo, sino una parte de lo andaluz. Ahora, al juntarse con Paco Díaz Velázquez, para mí que ha dado en lo que será el comienzo de un auténtico y popular teatro andaluz, no flamenco, no sandungero, no costumbrista.

¿Qué es «La Murga»? Argumentalmente, una novela picaresca de la España del hambre y el desmoronamiento: la historia de un hijo de soltera que nace en la calle y muere en presidio, agarratado goyescamente por cruces y toros, Inquisiciones y clases sociales. Argumentalmente, la historia andaluz de un Ulises, en la que se entremezclan mil historias de nuestros días: la explotación de Escalante el de las bicicletas, el honor calderoniano —¡todavía!— de Antonio el de la escopeta, los afares de medro económico de don Cristóbal. Una historia desgarrada, trasunto de nuestros pueblos y ciudades, en la que en un momento dado sale a escena aquella «cantaora» que todos hemos conocido en su vejez de alcohol y hambre, pelada al cero

por sus estancias en el «ambérgue», rota la voz en el fandango:

*que te brillan las espuelas
de qué regimiento eres...*

El lenguaje de las murgas no sólo está cogido en el bombo, en la caja en un modo de sentenciar. No sólo está revivido en la manipulación de utilizar estos modos de expresión para hablar de Tribunales, persecuciones, hambres, silencios, complicidades. Hay en toda «la Murga» un sentido tremendamente popular de lo obscuro, que ahora llaman «sexy». La concepción de Ulises en madre soltera es para el coro trágico:

*medio minuto
medio minuto
medio minuto y ¡chan!*

Salen curas, comadronas, boticarios, municipales, jueces, mariconcitos de pueblo, feriantes, señoritos de casino... Andalucía toda. En un largo, desmitificador, oxigenante pasillo de comedia que se está paseando por los teatros de Despeñaperros para arriba. Cuando, después de haberme exasmiado ante el insuperable montaje de la banda cómica-taurinomusical (con Llapisera y El Empastre incluido), con que comienza en una plaza de carros pueblerina la lidia completa de un español. Creo que, por fin, alguien ha hecho un teatro andaluz. Sin señorita Rocío. Sin Carmellya. Sin cante. A palo seco. Con la destructora chungu del pito de caña de la murga. Después de todo, los murguistas que ví en el Capsa de Barcelona no hacían sino poner al descubierto a muchos otros murguistas que venimos padeciendo en Andalucía en las últimas décadas. Así que, mirándolo bien, quizá la función resulte tan nuestra porque la murga, aunque no actúe, sigue haciendo algo más nefasto: mandar.

ANTONIO BURGOS